

LA VIA INICIÁTICA ATISBOS DE REALIDAD LOS PODERES DEL DICTADOR

Así como en la naturaleza muchas sustancias cristalizan alrededor de un núcleo o soporte determinado, muchas personas se reúnen alrededor de un líder. Es que los seres humanos somos gregarios y nos encanta caminar en grupos, por tanto lo difícil no es agrupar; pero sí hacerlo en orden y armonía.

En un grupo que trabaje en cualquier campo del saber, se reconoce al líder como maestro o guía cuando ejerce de verdadero pontífice, es decir, cuando tiende puentes hacia el conocimiento sin "pontificar", dejando que cada cual atisbe el brillo de la otra orilla y opte libremente por testar la solidez de los puentes tendidos, pero sin sentirse obligado a atravesarlos.

El que se aprovecha en cambio de la tendencia gregaria de las personas y utiliza su saber y su astucia para someterlas a su voluntad se convierte en un dictador, y el conjunto de sus acciones en una dictadura. El dictador suele ser una persona carismática, que "dicta" normas de comportamiento y logra que se cumplan mediante procedimientos psicológicos de presión, o llegando incluso a la utilización de la fuerza, tanto más cuanto menos elevado sea el coeficiente intelectual del grupo sometido.

Y no se piense que los dictadores sólo campean a sus anchas en ciertos países subdesarrollados. De hecho las democracias occidentales, con sus sistemas de votación basados en listas cerradas en las que el pueblo no puede escoger libre y directamente a sus representantes y está obligado a optar en bloque por un solo partido y un solo programa, favorecen los comportamientos dictatoriales.

Para el funcionamiento del sistema no se precisa al fin y al cabo de un electorado excesivamente inteligente. Son los jefes del partido quienes deciden los programas electorales y, en caso de llegar al poder, las prebendas del dinero público se reparten según la influencia de cada individuo dentro del "aparato" del partido. Estas formas de gobierno generan grandes pirámides de poder en las que es difícil que no se engendre corrupción, porque nadie (salvando, por supuesto, notables excepciones) está dispuesto a trabajar sin recibir beneficios económicos.

Los Mensajeros, en varios de sus dictados, arremeten contra estos oscuros manejos que han degradado el mundo de la política, y asestan golpes incluso más demoledores contra las estructuras de poder de las iglesias. Su sugerencia es clara: no someterse servilmente a nada que coarte nuestra libertad esencial.

Es cierto que la existencia en un mundo de nuestras características está sometida a un número determinado de condiciones. El hecho mismo de nacer nos condiciona a limitarnos en un cuerpo físico, y quien vive en el seno de una sociedad se obliga, además, a suscribir ciertas normas de comportamiento. Sin

embargo esto no coarta toda la libertad, porque ninguna norma social es intocable; pueden y deben evolucionar. .. y nosotros hemos de contribuir a ello. Además, como último recurso, también podemos optar por el abandono de la sociedad que nos agobia. En otras palabras, ninguna condición coarta la libertad si se plantea en el momento oportuno. Uno siempre puede abandonar, en cualquier fase del juego.

Y es en el camino espiritual, particularmente, donde debe existir un conocimiento más claro de lo que significa libertad. Deberíamos considerar que la libertad es una condición divina. Sin ella no hay auténticos valores; pero la libertad sólo debería alcanzar el nivel necesario, según el grado de consciencia, pues la misma fuerza que eleva al sabio hunde al ignorante.

Todo aquél que maneja la fuerza de su magnetismo, de su atractivo personal, en su propio beneficio, sea hombre o mujer, ingresa en la rueda peligrosa de la opresión y la magia negra. Tarde o temprano recibirá facturas que no podrá pagar en una sola existencia.

El dictador político o religioso, como el gurú que atrapa y sectariza, no atienden a esta ley. Buscan adeptos para colmar sus ocultas ansias de poder y de dominio, sometiéndolos tras averiguar dónde radica su debilidad, su ignorancia. Es aquí donde comienza a peligrar la libertad de sus seguidores, que empiezan a sentirse atrapados, no se atreven a opinar y terminan por perder incluso la posibilidad de decidir. Y en estas condiciones suele aparecer el miedo, arma predilecta de presión entre las sectas y los dictadores.

El miedo aparece porque cuando alguien incumple las condiciones establecidas por el juego social suele ser sancionado o apartado. Pero quien sucumbe ante el miedo no es tanto una víctima de la opresión cuanto de su propia ignorancia. El castigo o la sanción es, al fin y al cabo, un método de enseñanza ciertamente primitivo, más aconsejable para las bestias que para las personas. Aquél que se considere castigado o premiado en su trabajo no se halla mucho más elevado que el perro o el gato, cuyas normas de conducta se rigen por estos procedimientos.

El premio y el castigo no son más que reflejos indicativos de nuestro caminar por la vida. Y esto demuestra que entre los humanos hay quienes apenas comienzan a nacer en el universo de la consciencia superior que debería regir los destinos del hombre.

Conocerse o conocer las cosas a través de un líder es observar el mundo por reflexión, y ya se sabe que con este sistema la mayor parte de luz se pierde. El verdadero maestro no enseña de este modo sino que descubre al discípulo, paso a paso y de una forma directa, la ilusoria realidad cotidiana, y pone en sus manos un método nuevo de observar la vida, de iluminarla para acercarse por sí mismo a la paz y la armonía base de todo progreso.

Toni Bennássar